



# Boletín Oficial

DEL

## Obispado de Osma



Año LVIII. 28 DE FEBRERO DE 1917. Núm. 4.º

---



### Nós el Dr. D. Manuel Lago y González,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE OSMA, ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE LA HISTORIA, SEÑOR DE LAS VILLAS DEL BURGO, UCERO Y LAS DOS QUINTANAS RUBIAS, ETC.

*Al venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral,  
al Abad y Cabildo de la Insigne Iglesia Colegiata de Soria,  
a los Arciprestes, Párrocos y demás Sacerdotes,  
a las Comunidades religiosas  
y a todos los fieles de nuestra Diócesis,*

SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Venerables Hermanos y amados hijos:*

Un suave y profundo sentimiento nos embarga, cuando recorremos, como Pastor y Padre, los pueblos de nuestra diócesis. La amplitud de los templos, la riqueza de los altares y retablos y el primor de los vasos y ornamentos litúrgicos hablan a nuestro espíritu el lenguaje de los siglos cristianos; las obscuras páginas de los primeros libros parroquiales nos descubren a veces en frases ingenuas y sencillas los secretos de la vida religiosa, y la delicada solicitud del clero y las autoridades y el respetuoso amor de las



muchedumbres que salen a nuestro encuentro y llenan las iglesias para escuchar nuestra palabra y asistir a los sagrados ritos, nos dan testimonio de una tradición arraigada en lo más hondo del espíritu de la raza que puebla la noble tierra de Castilla. Parécenos que entre estas multitudes palpitan aún los corazones generosos que en otros tiempos luchaban en las orillas del Duero y en las fragas de la meseta soriana, que en los hogares arde la llama viva de aquella hidalguía immaculada, hija del honor y el sacrificio, cuyo calor encendía los pechos y levantaba los ánimos a la región de las proezas, y que delante de los altares se congregan los ejércitos de héroes, para confesar a Cristo, ofrecerle el tributo de la sangre y de la vida, y pedirle su divino amparo en los combates de la religión y de la patria. Y es que todavía conserva la Castilla del siglo XX, en los rasgos más íntimos de sus pueblos, aquel carácter de austeridad y grandeza con que alcanzó la hegemonía en la península ibérica, de igual modo que muestra aún, erguidas en lo alto de los montes o perdidas en la lontananza de la llanura, las torres berroqueñas que fueron baluarte y defensa de la tierra y escudo generoso de las creencias antiguas. Viven aún las virtudes de la raza. Largos años de adversidad y penuria y el soplo iracundo de la incredulidad, que azota despiadadamente a España desde hace más de un siglo, no han logrado borrar aquellos rasgos ni extinguir estas virtudes. Cae tal vez una piedra de la almena o se cuarteá el muro y se derrumba un arco; pero el castillo heroico, mudo testigo de una edad de glorias, continúa atrayendo las miradas y siendo ejemplo de valor y fortaleza. Así, algunos de entre vosotros caen del lugar donde vive la memoria de los antepasados, se desvían de la tradición y de la enseñanza de los mayores, o ruedan al abismo del abandono y la desidia o tal vez al más, sombrío de la irreligión y el ateísmo, y, sin embargo



no se desmorona del todo, sino que continúa enhiesto en medio de la edad moderna, el monumento del espíritu cristiano de vuestra raza hidalga.

Cuantos ahondan en la investigación histórica para explicar la formación de estos pueblos, siguiendo paso a paso el camino por ellos recorrido, desde que el Evangelio alborea en la religión de los arévacos hasta que el poder romano sucumbe ante el empuje de los guerreros del norte, desde que el hijo de Leovigildo proclama el credo de Nicea en Santa Leocadia de Toledo hasta que Rodrigo perece en los llanos de Barbate, y desde que Pelayo desciende del Auseva hasta que Fernando I entra victorioso en la Alhambra de Granada, encuentra en todas partes las huellas indelebles de una mano que los formó y modeló con admirable traza para las grandes empresas religiosas.

Ha sido la fe cristiana quien labró y exornó a Castilla en las canteras de la patria, y quien la sostiene todavía, a pesar de las vicisitudes de los tiempos y de las contrariedades de la época presente. Pero la visible decadencia de estos pueblos, tan hidalgos y tan nobles, ¿no arguye tal vez el enfriamiento de la fe que a tanta altura los había levantado? Para que meditéis acerca de esa cuestión que mil veces nos hemos propuesto, y para que podáis comparar las grandezas de la fe con el aprecio en que es tenida por vosotros, queremos hablaros de esta virtud excelsa, poniendo en nuestras palabras todo el amor vehemente y generoso con que amamos a nuestra diócesis y todos los vivísimos anhelos con que deseamos la restauración de la vida cristiana en las almas que el Espíritu Santo nos ha encomendado.

Dos inquietudes presiden la vida humana: la que obligaba a S. Agustín a exclamar «Señor, nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en tí» (1), y la

---

(1) Confesiones, lib. 1, cap. 1, n. 1.



que Salomón llamaba «ocupación pésima» dada por Dios a los hijos de los hombres «para indagar e investigar sabiamente de todas las cosas que se hacen debajo del sol» (1).

No se aquieta ni descansa la voluntad en los bienes de la tierra. Nacida para lo infinito y devorada por ansias insaciables de poseer una bondad sin límites ni medida, se abrazará tal vez con lo perecedero y mudable y gustará brevemente sus efímeras dulzuras; pero, movida por natural y generoso impulso, lanzaráse de nuevo con las robustas alas del deseo en busca de un bien que no se acabe, ni se mude, ni empalague, ni vierta en el fondo del corazón hieles amargas, sino el agua de perennal dulzura, vena copiosa y cristalina de «la fuente que salta hacia la vida eterna» (2). Y cuando halle el agua viva, no descansará hasta llegar a la fuente de que mana, en medio del paraíso de la bienaventuranza, donde «no hay sed, ni falta, ni miseria, sino saciedad, a bundancia y felicidad perfecta» (3).

Pero, así como la voluntad anhela el bien, tiende el entendimiento a la verdad con fuerza incontrastable. Todos nos sentimos agitados por esta inquietud y este afán de poseerla. ¿A quién no atrae y subyuga la verdad? Desde la altura donde brilla, más clara y espléndida que el sol, nos enamora, arrastra y arrebatada con empuje tan vehemente y poderoso que ni un solo momento nos es dado reposar entre las sombras del error sino cuando engañados tomamos sus fugaces destellos por la luz inextinguible que buscamos. Recordad aquella historia del filósofo pagano, que había nacido al pie del Garizim, y, caminando en pos de la verdad, llega a la sabia Alejandría. Cuenta pocos años. Lleva en sus venas sangre de veteranos de Roma y en su espíritu la noble ambición de subir al origen primero de todos los conocimientos. Un discípulo de Ze-

(1) Eclesiastés, i, 12 y 13.—(2) S. Juan, iv, 14.—(3) A Lá-  
pide, t. xvi, p. 358 (edic. Vives).



nón le descubre los secretos de una moral estrecha y rigurosa, pero vana y deleznable, porque, a la manera del sistema de Confucio o de la moral universal de nuestros días, no se asienta en la base incommovible de la Divinidad. El joven contempla la teoría deslumbradora, y pasa adelante; el estoicismo no calma sus deseos. Un seguidor de Aristóteles presenta a sus ojos asombrados toda la riqueza de principios de la filosofía peripatética, y, al mismo tiempo que le habla de la virtud, le pondera el amor de las riquezas. Y el joven sigue su camino. Un pitagórico infatuado le promete conducirle hasta la fuente de toda sabiduría; pero le exige el conocimiento previo de la música, la geometría y la aritmética. Y él no se detiene. Todavía sale a su encuentro la doctrina de Platón, y le seduce un instante con el brillo y el análisis de las ideas. Pero él, deseoso de subir hasta el conocimiento de Dios, siéntase pensativo en una roca, desde donde sólo contempla la llanura del mar constantemente agitada como los senos de su espíritu, y allí escucha la voz de aquel anciano venerable que le habla de los Profetas, oráculos de la verdad, y de Jesucristo, Palabra de Verdad eterna, enviada a la tierra para enseñar a los hombres. Justino conoce entonces «la filosofía más pura y más útil» y se da a sí mismo el nombre de «filósofo cristiano» (1).

Esa peregrinación por las escuelas filosóficas, la misma que hizo el espíritu griego en los cuatro siglos anteriores a Jesucristo, es la historia de la humanidad entera, desde las edades primitivas en que trazaba el hombre rústicos esbozos en las cuevas de los montes hasta la época moderna que ha denominado con orgullo la era del progreso y de la ciencia. San Justino es a la vez un personaje histórico y un símbolo maravilloso.

Dos son los medios que Dios nos ha otorgado para

---

(1) V. los primeros capítulos del Diálogo con Trifón.



llegar a la posesión de la verdad: la razón y la fe. La primera es esta luz natural que Él puso en nuestra mente, para que conociéramos de un modo inmaterial las cosas que nos rodean y sus relaciones, propiedades y esencias, para que ilumináramos los senos de nuestra alma y descubriéramos el admirable concierto de sus facultades y su espiritual naturaleza, y para que, elevándonos de la imagen al modelo y del efecto a la causa, llegáramos a alcanzar, aun sin el auxilio de la fe, la existencia de Dios mismo y sus soberanos y excelsos atributos, el «inmortal seguro» donde vive, y el fin último, inmutable y eterno, hacia donde caminamos. La fe, que es virtud divina, toma de la mano a la razón en el límite de los conocimientos humanos, y la lleva de maravilla en maravilla y de asombro en asombro, por la región de lo sobrenatural, repitiendo en su oído la palabra de Dios, y encendiéndola en nuevos y eternos resplandores. Y así, «aunque la fe sobrepuja a la razón, nunca pueden andar desavenidas la razón y la fe», porque es el mismo Dios quien nos ha dado «este noble orden de conocimientos», como ha dicho el Concilio Vaticano (1).

En el siglo pasado, surgió una escuela que se asomó a todas las ciencias y a todas las artes, para crear conflictos entre la ciencia y la religión. Pasaron los años, y, cuando agonizaba aquella centuria, hubo necesidad de proclamar la victoria de la fe y la bancarrota de la ciencia. Poco antes, había aparecido el racionalismo como natural consecuencia del principio del libre examen, y en frente de él se había levantado como reacción vigorosa el tradicionalismo filosófico. Para uno, era la razón humana reina absoluta del mundo cognoscible; para otro, facultad del todo obscurecida por la culpa, enemiga de la verdad y enamorada del error. La Iglesia condenó el racionalismo, que negaba la fe, y

---

(1) Concilio Vaticano, Const. *Dei Filius*, cap. iv.



el tradicionalismo, que empequeñecía y casi aniquilaba la razón. Y, ¡cosa rara!, medio siglo después, el racionalismo se vestía de agnosticismo, y no negaba la fe, pero decía que la ignoraba, y le impedía a la razón humana volar más allá del orden natural, como el tradicionalismo había intentado detener sus pasos en la investigación de las criaturas. El que antes había exagerado sus fueros, desconocía después sus aspiraciones más nobles. Y así, disfrazado de ignorancia y asido al brazo de la soberbia más hipócrita que ha visto el mundo, se atrevió a entrar por las puertas del santuario, para reclutar adeptos entre los ministros sagrados, ofreciéndoles el tesoro de una ciencia arcana, befando y escarneciendo con solapadas frases la jerarquía y el culto, y presentando a sus ojos la visión quimérica de un catolicismo nuevo, sin dogmas y sin preceptos. Pío X, de veneranda memoria, descubrió las insidias del modernismo, y lanzó sobre él con apostólica fortaleza el inapelable anatema. Y de nuevo triunfaron en la palabra del Vicario de Jesucristo los derechos de la naturaleza y de la gracia.

«Paje de hacha de la fe», según la frase de los clásicos, puede la razón, «cuando investiga sobria y piadosamente, alcanzar por divina merced, alguna inteligencia provechosísima de los misterios, ya por analogía de lo que conoce naturalmente, ya por el enlace de los misterios mismos entre sí y con el último fin del hombre» (1), y entonces aparecen aquellas delicadísimas concepciones que avaloran los libros de filósofos como Sabunde y Raimundo Lulio, y, ajenas a los antiguos extravíos de Abelardo y a los modernos de Günther, adquieren en la *Summa* y en toda la Teología que de ella se deriva la altura, el esplendor y la belleza de las maravillas del pensamiento humano.

Pero es la fe quien lleva al hombre a la cumbre de

---

(1) Concilio Vaticano, Const. *Dei Filius*, cap. iv.



la sabiduría; porque tiene su principio, su objeto y su motivo más arriba de toda energía criada. Desciende de los cielos y hasta los cielos nos levanta. San Pablo, con mirada de águila, abraza en pocas palabras su naturaleza altísima y la amplitud de los dominios por donde tiende su cetro. «La fe, exclama, es la substancia de las cosas que deben esperarse y el argumento de las que no se nos descubren» (1), el principio de todo lo que nos ha sido prometido y el convencimiento de lo que nos ha sido revelado (2). Y el Concilio Vaticano, recogiendo la frase del Apóstol, nos declara que «la fe es una virtud sobrenatural, con que, ayudándonos y alentándonos la gracia de Dios, creemos que es verdadero lo que Él ha revelado, no por la intrínseca verdad de las cosas, conocida con la luz natural de la razón, sino por la autoridad del mismo Dios que las revela» (3). No es la fe aquella confianza versátil y torpe del protestantismo, que se mueve a todo viento de doctrina y finge y destruye dogmas al antojo de la fantasía, ni el ciego sentimiento religioso de los modernistas, que brota de los negros antros de la subconciencia cuando la oprimen el corazón y la voluntad sugestionada, ni el monstruo que atormenta, flagela y retuerce los espíritus, como imaginan los incrédulos, cuando huyendo del yugo suavísimo del dogma cristiano, caen bajo la miserable coyunda de las supersticiones racionalistas, y, negando el magisterio de Cristo y de su Iglesia, adornan con la dote de la infalibilidad a doctores que «deleitan los oídos» (4) y sólo enseñan «profanas novedades de palabras» (5), inestables como «nubes sin agua» (6) y vacíos de toda ciencia como «cisternas agotadas» (7). No; la fe es una virtud de lo alto y, como tal, una cualidad que Dios infunde en las almas, las ennoblece y las viste de luz y de hermosura;

(1) Hebreos, xi, 1.—(2) Sto. Tomás, 2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup>; q. 4, a. 1.—  
(3) L. c.—(4) II a Timoteo, iv, 3.—(5) I a Timoteo, vi, 20.—  
(6) S. Judas, 12.—(7) Jeremías, ii, 13.



una suave disposición y tendencia a recibir y aceptar lo que el mismo Dios nos enseña como sapientísimo y soberano doctor y maestro cuya sabiduría es ilimitada y cuya rectitud y bondad sobrepujan infinitamente a las de los hombres; un asentimiento firme y segurísimo a la doctrina revelada, palabra de sus labios e idea de su mente, que se dignó comunicar a su Iglesia para que ella la transmitiese a todos los hombres. El sello de la autoridad divina es su motivo; la gracia, iluminadora del entendimiento, es su principio; su objeto empieza en Dios y desciende hasta las criaturas. Si nos fuera permitido llamarla ciencia, habríamos de llamarla ciencia de los cielos.

Y aunque para nosotros sea un orden de conocimiento más elevado y más noble que el de la ciencia, pues no nos lleva a la contemplación de las verdades por las causas de donde nacen sino por la divina enseñanza de la revelación, para Dios, que nos da esta enseñanza y la conoce con su inteligencia infinita, es ciencia y sabiduría altísima, luminosa y espléndida en su esencia misma, en donde fulguran los arquetipos de las cosas. Las verdades de la fe, brillantes como soles en el piélago de la sabiduría eterna, exceden a las ideas de nuestra mente como la luz del mediodía a la fugaz centella del pantano. Pondrán luminarias los hombres en los caminos de la tierra, y hasta creerán tal vez, ensoberbecidos y protervos, que logran apagar las estrellas de la altura; pero sus teorías y adelantos, aunque en sí mismos atesoren las dotes de la verdad, quedarán ensombrecidos ante el magnífico esplendor de las enseñanzas de la fe; porque la verdad humana es conquista de una inteligencia limitada y falible, mientras que las verdades reveladas son las tesis incommovibles del entendimiento de Dios.

¡Y cuán inmenso es el cúmulo de esas verdades! El mismo Dios se constituye en el primer y principal objeto de la fe, en cuanto es el último fin sobrenatural



del hombre; a Él se enlazan las realidades criadas que nos conducen a su posesión y goce, y con estas criaturas se unen otras que de algún modo nos ayudan a ir adelante en el camino de la bienaventuranza. Dios, origen de todo, se nos presenta como fin y término de todo. En el principio puebla de mundos luminosos los senos de la nada, en el transcurso de los siglos preside como Rey y Señor los acontecimientos de la historia, y en el último instante de los tiempos, dictada la universal sentencia, abre a los justos el reino de los cielos y los abisma en la insondable hartura de sus delicias eternas. Comienza la revelación en la aurora del paraíso, y canta el epitalamio y llora la culpa de los primeros padres; siéntase bajo la tienda de los patriarcas, y sonrío anunciando el reino del Mesías; escribe con la mano de Moisés las grandezas del Pentateuco; y preludia con David la incomparable música de los Salmos; sobrecoge en la voz aterradora de los Profetas, y maravilla y suspende en la elevación de los volúmenes sapienciales; alienta a Job en su desventura y castiga a Nabucodonosor en su soberbia; se abrasa de amor de Dios en el Cantar de los Cantares, y enaltece en los Macabeos el amor de la religión y de la patria; habla por los divinos labios de Jesucristo en la orilla del Jordán, en los montes y playas de Galilea, en Betania y en el Templo, en el Cenáculo y en el Calvario, en el huerto de la Resurrección y en el Monte de los Olivos, y, cuando el Maestro vuelve al seno de su Padre, continúa resonando en la palabra de los Apóstoles, va con Pablo al Oriente y al Occidente, y esparce sus últimos fulgores, misteriosos como relámpagos lejanos, en el sagrado atardecer del Apocalipsis.

Tal aparece en las páginas de los libros sagrados la revelación divina. Pero si en la Escritura derrama tesoros inenarrables, a la Tradición, anterior a los volúmenes divinamente inspirados, le entrega todas



sus celestiales riquezas. A ella le confió las palabras de Dios en el transcurso de la ley antigua, aquellas que todavía escuchaba el Apóstol de las Gentes cuando veía al Señor «hablando en otro tiempo por los profetas muchas veces y de muchos modos» (1), y aquellas otras, más dulces y regaladas, más íntimas y de sentido más admirable y más hondo, que se dignó pronunciar cuando «últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas» (2). Estas son las de «Jesús, Pontífice de nuestra confesión» (3), no ya las de Moisés que «era fiel, como siervo, para dar testimonio de lo que había de decir» (4); estas son las de Cristo, que habla «como hijo en su casa» (5), «por lo cual, como dijo el Espíritu Santo, si hoy escuchareis su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (6); estas son las que el mismo Redentor mandó repetir en todas partes, cuando con soberana majestad y virtud omnipotente les dijo a sus Apóstoles: «Me ha sido otorgado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y adoctrinad a todas las gentes, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (7). Así habló el Salvador en el monte de Galilea, donde, resucitado ya, había congregado a los Apóstoles y a los discípulos, para entregarles el depósito de la revelación y constituirlos, como Iglesia naciente, en custodios de ese tesoro. Y fué tan grande su misericordia que, temiendo agobiarlos con la pesadumbre de tanta grandeza, quiso retardar hasta la venida del Espíritu Santo la manifestación de las últimas enseñanzas: «Mucho tengo que deciros todavía; pero no podéis alcanzarlo ahora. Cuando venga aquel Espíritu de verdad que yo os enviaré del Padre, os enseñará toda la verdad» (8).

---

(1) Hebreos, I, 1.—(2) Id., I, 2.—(3) Id., III, 1.—(4) Id., III, 5.—(5) Id., I, 6.—(6) Id., III, 7 y 8.—(7) S. Mateo, xxviii, 18 y sigs.—(8) S. Juan, xvi, 13.



¡Oh! Como los levitas llevaron en alto el Arca de la Alianza antigua hasta la tierra de Promisión, lleva desde entonces la Iglesia hacia la Tierra de las Promesas eternas el santo depósito de la revelación divina. Y su magisterio cotidiano, sus decretos dogmáticos, los cánones de sus concilios y las definiciones de sus Pontífices, aleccionan, instruyen e inundan con la doctrina revelada a todas las gentes. ¡Predicación digna de Dios y de una institución creada por Él la que maravilló por vez primera, há veinte siglos, a una muchedumbre de judíos reunida en Jerusalén para la celebración de la pascua, y, después de desbaratar los sistemas filosóficos antiguos, civilizar a los hijos del septentrión, rechazar el empuje de las pasiones que desataba Mahoma en oriente y mediodía, y rescatar de la barbarie en occidente mil pueblos arrancados al Mar de las Tinieblas por el amor del Evangelio, triunfadora de todas las herejías y de todos los errores, más gallarda y más noble cuanto más combatida y más odiada, continúa hoy enseñando en toda la redondez del orbe las verdades que son base incommovible de la sociedad humana y prenda segura de la herencia de la gloria!

En vano han ido a buscar espíritus indóciles y aviesos la predicación de la verdad divina fuera de la jerarquía sagrada. Al huir de la cátedra de Pedro, cimiento de la Iglesia, y de las cátedras de los Obispos, maestros ungidos por el Espíritu Santo, y al rechazar el «carisma cierto de la verdad» que es «la sucesión de los Apóstoles» en el episcopado (1), han caído miserablemente en los extravíos de la inteligencia y en las abyecciones de la carne. «No se ha de recurrir a otros en busca de la verdad que fácilmente nos ofrece la Iglesia, ya que los Apóstoles, como el potentado en su tesoro, han depositado en ella toda verdad, para

---

(1) S. Ireneo, *Adversus Haereses*, iv, 26, 2.



que de ella tome cada uno el néctar de la vida. Ella es la puerta de la vida, y los que están fuera son bandoleros y ladrones. De éstos debemos huir, y a la Iglesia la hemos de amar con amor ardentísimo, abrazándonos a la enseñanza de la verdad. Aunque los Apóstoles no nos hubiesen dejado las Escrituras, ¿no debíamos recibir el mandato de la tradición, que ellos les transmitieron a aquellos a quienes ponían al frente de las iglesias?» (1). Así argüía a los infatuados y rebeldes San Ireneo, obispo de Lyon, y les demostraba el origen apostólico de su enseñanza, presentándoles a su maestro San Policarpo, «discípulo de los Apóstoles, confidente de muchos que vieron al Señor, y por los Apóstoles constituido Obispo de Esmirna, en el Asia, el cual enseñó siempre lo que había aprendido de los Apóstoles, lo que la Iglesia enseña, lo único que es verdadero» (2). Y en otro lugar compendia esta luminosa doctrina en un período bellísimo: «Habiendo recibido esta predicación y esta fe la Iglesia esparcida por todo el mundo, las custodia con diligencia exquisita, como si habitara una sola casa; las cree, como si tuviera una sola alma y un solo corazón, y de igual modo las predica, enseña y transmite, como si hablara por una sola boca; que, aunque hay en el mundo diversas lenguas, la fuerza de la tradición es una sola. Como el sol, criatura de Dios, es uno solo y el mismo en todo el mundo, así la luz y la predicación de la verdad en todas partes brilla e ilumina a todos los hombres que desean llegar al conocimiento de la verdad» (3). Su luz purísima conduce por las sendas de este valle de lágrimas a los hijos de Eva, desterrados de la patria, infundiendo en sus almas nociones ciertas de Dios, la religión, la peregrinación de la vida y los eternos destinos que comienzan más allá de la muerte.

---

(1) S. Ireneo, *Adversus Haereses*, III, 4, 1.—(2) Id., III, 3, 4.—  
(3) Id., I, 10, 2.



En breves fórmulas ha resumido la Iglesia, regla próxima de la fe, las verdades primeras de la doctrina revelada. El Símbolo Apostólico, recogido en sus elementos primitivos por San Justino en el siglo II y por San Ireneo, Tertuliano y Orígenes en el III, en sus formas occidentales por los Santos Padres de los siglos posteriores, y en otra poco más extensa, pero hermosísima, por San Epifanio y por el concilio de Nicea según testimonio del mismo insigne Obispo de Salamina; la profesión que lleva el nombre de Dámaso, compuesta probablemente en el concilio de Zaragoza del año 380, la del Obispo gallego Pastor encomiada por Gennadio, y la que llamamos Símbolo Atanasiano, debida tal vez a la preclara sabiduría de San Ambrosio (1), ¿qué son sino las tablas de la revelación divina, propuestas por la jerarquía de la Iglesia a los pueblos de todas las razas? En ellas aparecen Dios uno y trino, Padre omnipotente, criador del cielo y de la tierra; Jesucristo, su unigénito, a quien la Virgen María concibe por obra del Espíritu Santo y da a luz hecho hombre, a quien Poncio Pilato crucifica, por nuestra salvación, y a quien, después de muerto y sepultado, vemos resucitar al tercer día, subir a los cielos y sentarse a la diestra del Padre, para venir al fin de los tiempos a juzgar a los vivos y a los muertos; el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo y con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado; las propiedades de la Trinidad beatísima; las de la sagrada Humanidad de Jesucristo; las obras del Espíritu Divino; la Iglesia, una, santa, católica y apostólica; la resurrección de los muertos; la vida eterna, premio de las buenas obras, y el fuego perdurable, castigo de las malas. Pero es tanta la bondad de la Iglesia para con los hombres que, aun de esa enumeración tan suelta de dogmas, elige solamente los que constituyen

---

(1) Denzinger, *Enchiridion Symbolorum et Definitionum*, edit. 11, pp. 1-17.



como las ideas madres, y se los presenta como únicos necesarios, con la necesidad que se requiere para alcanzar la vida eterna. San Pablo lo dijo en una sola frase: «El que se acerca a Dios, debe creer que Dios existe y es remunerador de los que le buscan» (1). La existencia de Dios y la sanción divina de las obras humanas son los dos dogmas fundamentales. ¿Queréis añadir a ellos el de la Santísima Trinidad y el de la Encarnación del Hijo de Dios? Ningún teólogo os exigirá más para que podáis salvaros; pero os recordará el mandato de la Iglesia, y os recomendará con encarecimiento que conozcáis el Símbolo de los Apóstoles, el Decálogo, la Oración dominical y los tres Sacramentos necesarios a todos: el Bautismo, la Penitencia y la Sagrada Eucaristía. Y como este precepto gravísimo toca tan de cerca a «lo único necesario» de que les hablaba Jesucristo a las hermanas de Lázaro (2), la consecución de nuestro fin supremo, no es maravilla que deban ser considerados como reos de culpa mortal los que lo dan al olvido o no lo cumplen.

Pero los que habéis recibido de vuestros antepasados esta riquísima herencia de fe, que ha sido y es todavía el alma de Castilla, no debéis satisfaceros con un conocimiento somero y escaso de las verdades reveladas, ni contentaros con saber de memoria el admirable libro del Catecismo, sino que habéis de acudir, sedientos de buena doctrina, a las explicaciones de los párrocos, todos los días festivos, ahondando cada vez más en esta mina prodigiosa de donde se sacan tesoros de bienes espirituales para ganar el reino de los cielos. Y los que podáis aspirar a un conocimiento más profundo y más amplio todavía, no desdeñéis esta labor generosa; que nada hay en la tierra tan digno del hombre, criado para conocer a Dios, servirle, adorarle, amarle y poseerle. ¿No llega a vosotros la noti-

---

(1) Hebreos, ix, 6.—(2) S. Lucas, x, 42.



cia de los sabios, que pasan largos años estudiando una criatura miserable? El naturalista, que penosamente recoge las briznas de los campos y las espinas de los montes, o persigue largo tiempo al insecto en sus variadas transformaciones desde que lo ve nacer del frágil huevecillo hasta que contempla desplegadas sus alas de brillantes y espléndidos colores; el físico y el químico, atraídos por el arcano de la íntima constitución de la materia, después de traspasar los cuerpos con rayos misteriosos y poner los signos de la palabra humana en las libres vibraciones del espacio, o de abismarse en el análisis de las moléculas y sus afinidades y energías, fundiéndolas de nuevo en síntesis que parecen aventajar a las de la naturaleza; el historiador, que revuelve en los archivos montones de legajos empolvados y descifra pacientemente documentos de la edad antigua, o busca en las entrañas de la tierra la estela o el ladrillo donde grabaron sus nombres y escribieron sus hazañas los héroes de las más remotas centurias; todos los que sienten el ansia devoradora del saber, no cejan, ni se aquietan, ni descansan hasta que logran dominar el campo de sus investigaciones. Todo trabajo les parece escaso, toda fatiga leve y todo tiempo corto. ¡Y al cabo de tan ardua labor, alcanzan por único premio una ráfaga de gloria mundana que se disipa en un momento! ¿No merece la gloria eterna que vosotros os afanéis sin cesar por conocer con mayor exactitud las verdades reveladas? Todos podemos ser sabios en esta escuela; a todos nos llama Dios, y para más alentarnos en la empresa nos promete y nos otorga con infinita largueza sus auxilios.

Al conocimiento de los dogmas deben seguir los actos de la fe. Jesucristo nuestro Señor así nos lo manda con acentos de soberana majestad: «El que no creyere, se condenará» (1), y San Juan nos lo repite

(1) S. Marcos, xvi, 16.



como precepto de Dios Padre: «Este es su mandato: que creamos en el nombre de Jesucristo su Hijo» (1). Tenemos, pues, obligación es trechísima de creer, de hacer actos de fe, cuando habiendo llegado al uso de la razón, conocemos por vez primera las verdades que nos propone la Iglesia; cuando, en las tentaciones, nos asedia el error o nos persigue la duda, y muchas veces, además, en los años de la existencia. Añádese todavía a esta obligación la de confesar la fe con nuestras palabras, cuando lo reclaman el honor de Dios o el de Jesucristo, o lo exige la utilidad del prójimo; porque es el mismo Hijo de Dios quien ha dicho: «A todo el que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos, y al que me negare delante de los hombres, le negaré yo delante de mi Padre que está en los cielos» (2). Y San Pablo agrega: «Si confesares con tu boca a Jesús nuestro Señor y creyeres en tu corazón, serás salvo; pues con el corazón se cree para la justificación y con la boca se hace la confesión de la fe para la salvación eterna» (3). La confesión de la fe aquí abajo nos alcanza la protección de Jesucristo en el cielo y la promesa de la salvación; a nuestro acto de valor y fortaleza le otorga Dios la corona de la inmortalidad bienaventurada. Creamos, pues, y confesemos nuestra fe.

¿Preguntáis cómo habéis de creer? Revestidas vuestras almas del hábito de la fe desde la pila bautismal, escuchasteis la predicación de las verdades cristianas cuando vuestra mente se despertó a la luz del conocimiento, y entonces de la raíz de aquel hábito nació un acto y pronunciasteis con el entendimiento y con los labios aquella divina palabra que arrancaba los milagros de las manos de Jesucristo: «¡Creo!» Acaso no pensabais entonces de qué modo creíais, ni tam-

---

(1) I de S. Juan, III, 23.—(2) S. Mateo, x, 32 y 33.—(3) Romanos, x, 9 y 10.



poco lo habéis pensado más tarde; pero realizabais el acto de la fe, y misteriosamente os repetía Jesucristo la alabanza que le dirigió al ciego de Jericó: «Tu fe te ha salvado» (1). ¿Cómo se verifica este acto prodigioso, que nos abre los horizontes sobrenaturales y nos inicia en los misterios y delicias de la vida espiritual? A nuestra razón llega por los sentidos la noticia de la existencia de Dios y de la Iglesia infalible que nos repite constantemente la doctrina revelada por Él; la autoridad de Dios, que es verdad por esencia, nos obliga a creer firmemente sus palabras; la gracia ilumina nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad, y el alma, cooperando a la gracia, presta asentimiento firmísimo y sumo a la verdad de la fe. No puede el alma sola encumbrarse hasta la región de la doctrina sobrenatural; pero, levantada en las alas de la gracia sin menoscabo de su libertad, y colocada en presencia de la verdad que Dios le propone por medio de la Iglesia, exclama, inundada de luz y de alegría: «¡Creo, Señor, creo!» Y es que, como dice San Pablo, «con la gracia habéis sido salvados por la fe, y esto no ha nacido de vosotros sino que es don de Dios» (2), y «nadie puede asentir a la predicación del Evangelio, cómo es necesario para alcanzar la salvación, sin la iluminación y la inspiración del Espíritu Santo» (3). Don divino es la fe, obra divina el acto por el cual asentimos a las verdades reveladas, y galardón de ese acto, en que el entendimiento y la voluntad se humillan, la dicha de ser exaltados a la región de la luz sobrenatural donde «debemos prestar a Dios el pleno obsequio de la voluntad y del entendimiento» (4).

Con ser infalible este asentimiento a la revelación divina, es también libérrimo, como lo son todas las obras de la gracia y como lo es en el orden del conocimiento la adhesión a una verdad por el solo testi-

(1) S. Lucas, xviii, 42.—(2) Eferios, ii, 8.—(3) Concilio Vaticano, cap. III, *De Fide*.—(4) *Idem*.



monio del que nos la manifiesta. De esto último y de la naturaleza del dogma nace aquella vaga obscuridad de la fe que recata lo más íntimo de los misterios, alienta la humildad de los fieles, y contiene y destruye la soberbia de los incrédulos. A los que intentan analizar con la sola luz de la razón la esencia del misterio, los confunde el Señor como a los obreros de la torre de Babel, o los derriba como a Saulo en el camino de Damasco; pero a los que se acercan a Él pidiéndole la luz como el ciego del Evangelio, o humillados como el mismo Saulo, exclaman «¿Qué queréis que haga?», les contesta «Mira», y les descubre las maravillas de la doctrina revelada. En el camino de la vida espiritual, hay una noche obscura del alma y una estrella que nos guía por entre las tinieblas, «más clara que la luz del mediodía»: la estrella es la fe santa, la obscuridad es la limitación y poquedad de nuestro entendimiento. ¡Admirable obscuridad la que sin privarnos del derecho a conocer con la razón todas las verdades del orden natural, todavía ilumina estas verdades con luz de lo alto y nos eleva a la contemplación de otras que exceden a todo conato y a todo vuelo de la inteligencia!

Ha dicho de la fe el Concilio Tridentino que «es el principio de la salud eterna y el fundamento y la raíz de toda justificación» (1). De ella nacen y se derivan las demás virtudes: la esperanza tiende con deseos inenarrables hacia la patria que la fe le muestra, y la caridad se enciende en llamas de un amor más poderoso que la muerte al contemplar tan inagotable océano de bienes; la humildad, vencedora de la soberbia, abre confiadamente sus alas entre las nieblas de la fe; la largueza aprende de ella a repartir generosamente sus caudales; la castidad se viste de su celestial pureza, y se adorna con sus dones y preseas; la caridad con el prójimo se

---

(1) Sesión IV, cap. VIII.



ensancha al suave influjo de su lumbre; la templanza se afirma y robustece a su amparo; la paciencia descansa en la contemplación de su paz inmutable; y la diligencia cobra vigor y alientos en la vida fecunda y robusta de virtud tan alta. Los dones del Espíritu Santo descenden a las almas por las manos de la fe, y sus frutos, criados con la exuberancia de la gracia, sólo nacen y maduran en sus divinos vergeles. Con la fe se sube a la cumbre de la santidad más alta; pero «sin fe es imposible agradar a Dios» (1). ¿Ni cómo habrían de agradarle de algún modo los que negándose a creer en su palabra, niegan al mismo tiempo su veracidad eterna, su sabiduría infinita y su potestad omnipotente? ¿Cómo habrían de agradarle, si se levantan, hinchados de soberbia contra su autoridad excelsa, a la manera de los ángeles rebeldes? Los que rechazan el suave yugo de la fe, sintiéndose halagados por la serpiente del Paraíso y dejándose seducir por la falaz promesa de ser como dioses, son enemigos de Dios. Y, como Lucifer, caen en el abismo de las tinieblas, y, como nuestros primeros padres, expulsados y malditos, se encuentran desnudos de verdad entre los hombres redimidos.

Pero vosotros creéis — ¡bendito sea el Señor que os ha dado el bien inestimable de la fe! —, y nada rechazáis con tanto valor y energía como el error que pudiera manchar la pureza de vuestras creencias, ni sentís nada tan dolorosamente como la inculpación de «irreligiosos» con que no hace mucho tiempo intentó denigraros un sabio que ¡no había aprendido a conoceros. Creéis, y sin embargo, ¿corresponden vuestras obras a la fe de que hacéis alarde? Repasad vuestra conciencia, y contestaos a vosotros mismos. Si no cumplís vuestros deberes religiosos y descuidáis los que os impone vuestro estado; si no acudís a los templos para oír

---

(1) Hebreos, xi, 6.



misa todos los días festivos ni os confesáis y comulgáis cuando lo manda la Iglesia; si abandonáis la educación de vuestros hijos y echáis en olvido vuestros deberes de esposos; si os rebeláis contra los ministros del altar o los perseguís, molestáis y escarnecéis en público o en privado; si, ejerciendo autoridad, abusáis de ella contra los sacerdotes o los bienes eclesiásticos, o tiranizáis y engañáis a los pueblos, o cometéis otro linaje de injusticia; si profanáis el día festivo con vuestras obras y el nombre de Dios con vuestras palabras; si leéis la mala prensa, que se burla de los dogmas, corrompe las costumbres y combate al clero con denuestos, injurias y calumnias, o dais oído a las propagandas irreligiosas e inmorales, que descubierta o solapadamente cunden por todas partes en las frases y el ejemplo de los emisarios de la impiedad, a nada atentos sino a los lucros temporales y a conservar el brillo y apariencia de una mentida cultura con que encubren la más crasa ignorancia de la única civilización verdadera; si quebrantáis los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y os ponéis al lado de sus enemigos y con ellos combatís a la Iglesia y a Dios, ¿podréis alardear de vuestra fe? ¡Ah! No habréis perdido esta cualidad altísima y nobilísima; pero habréis perdido la riqueza espiritual de sus obras. Viviréis en el orden sobrenatural con la vida lánguida de los árboles enfermos, sin lozanía y sin fruto, y vuestra fe misma correrá peligro de perecer ahogada bajo el peso de los pecados y aterida entre los hielos de vuestra indiferencia práctica. Temed, si de esas culpas os acusa la conciencia, que se os pueda aplicar la frase que Santiago el Menor escribió dos veces en un brevísimo pasaje para grabarla más profundamente en las almas: «La fe sin obras está muerta» (1). Y temed también que caiga sobre vosotros la terrible maldición del Hijo de

---

(1) Santiago, II, 17 y 19.



Dios, repetida tres veces en el Santo Evangelio: «Todo árbol que no produce fruto bueno, será cortado y arrojado al fuego» (1).

No lo permita la divina misericordia. Desde el cielo, donde gozan el premio de su fe, amparen los santos que ennoblecen la historia de Castilla la vida religiosa de la diócesis oxomense; intercedan en nuestro favor las almas de los antepasados que en su vida mortal dieron ejemplo de fe acendrada y viva; prediquemos sin descanso los ministros sagrados la palabra de salvación, y no dejéis de acudir vosotros, fieles míos muy amados, a escuchar la enseñanza de los sacerdotes, porque la fe se infunde por el oído (2), para ser «obrerros de la palabra y no tan solo oyentes» (3), poniendo por obra cuánto la fe de Cristo nos enseña.

Dios ha enviado ya a esta tierra de héroes legendarios la ráfaga divina que despierta la fe dormida y enciende la llama del fervor apagado. La devoción a la Sagrada Eucaristía se reanima y crece. Jesucristo ve al pie de los sagrarios adoradores fieles congregados bajo diversas enseñas, recorre en triunfo los pueblos y los campos, y es recibido en el sagrado banquete por muchedumbres fervorosas. A su Corazón santísimo elévanse adoraciones y homenajes en los templos y en los hogares. En torno de su Madre Inmaculada, a quien había dedicado la piedad antigua innumerables santuarios, agrúpanse de día en día nuevas asociaciones. Y en el seno de las obras sociales, que encierran la esperanza de los pueblos, pone la religión su cátedra y ejerce su paternal apostolado. ¡Oh! ¡Puede prorrumpir vuestro obispo en las alabanzas del Apóstol a los cristianos de Tesalónica: «Gracias debemos dar siempre a Dios por vosotros, hermanos, como es justo, porque va en aumento vuestra fe» (4).

(1) S. Mateo, III, 10 y VII, 19, y San Lucas, III, 9.—(2) Romanos, V, 17.—(3) Santiago, I, 22.—(4) II a los Tesalonicenses, I, 3. El verbo que aparece en el texto original (*hyperauxánei*) significa a la letra: se sobreabundante.



Continúe creciendo y dilatándose, y desbórdese en obras de salvación, como se desbordaba en los siglos de las glorias de la religión y de la patria, y descenderán sobre vosotros las bendiciones del cielo, de que es augurio la que os damos en nombre del † Padre y del † Hijo y del † Espíritu Santo, desde nuestro Palacio Episcopal del Burgo de Osma, a veinticinco de febrero de mil novecientos diez y siete.



† MANUEL, OBISPO DE OSMA.

Por mandado de S. S. Ilma. y Rvdma.  
el Obispo, mi Señor.

LIC. JOSÉ A. CASTRO VALCARCE,  
Canónigo, Secretario.

*Los Sres. Curas Párrocos, Ecónomos, Regentes y Coadjutores Regentes se servirán leer esta Carta Pastoral al ofertorio de la Misa en los días festivos de la Cuaresma.*

---

## OBISPADO DE OSMA

### CIRCULAR

Núm. 65.

El Precepto pascual.

Por antigua costumbre de nuestra diócesis empieza el tiempo hábil para el cumplimiento del precepto pascual en el tercer domingo de Cuaresma, y termina en el día de Pentecostés.

Para todo este tiempo renovamos las disposiciones de los años anteriores.



1.<sup>a</sup> A los Sres. Sacerdotes que tengan licencias para oír confesiones en nuestra diócesis, les concedemos la facultad de habilitar *ad petendum*. Los Sres. Curas Párrocos están autorizados *a jure* para absolver de los casos reservados diocesanos durante el cumplimiento pascual; los demás confesores lo están por nuestro decreto del 00 de diciembre último.

2.<sup>a</sup> Los Sres. Curas Párrocos, Ecónomos y Coadjutores regentes señalarán uno o varios días para el cumplimiento, cuidando de llamar a los Sacerdotes de los pueblos inmediatos, a fin de que los auxilién en este ministerio.

3.<sup>a</sup> En las pláticas parroquiales de todo este tiempo recordarán con insistencia a sus feligreses cuán grave es esa obligación que a todos nos impone la Iglesia, qué pecado comete el que la omite, y cómo redundaba esta falta en mengua de la religiosidad y buen nombre de los pueblos.

4.<sup>a</sup> La confesión y comunión de las santas Misiones serán valederas para el cumplimiento pascual, aunque se hagan antes del tercer domingo de Cuaresma.

5.<sup>a</sup> En el cuarto domingo, se leerá en castellano, en todas las iglesias, al ofertorio de la misa parroquial, el decreto sobre la primera comunión, inserto en el BOLETÍN del 30 de marzo de 1912, y anunciarán los Sres. Curas en qué día, dentro del plazo arriba expresado, han de comulgar todos los niños que hayan llegado al uso de la razón.

6.<sup>a</sup> No sólo se cuidará de examinar de Doctrina cristiana a los adultos y de enseñarles a confesarse bien y comulgar dignamente, sino que se les darán además a los niños de primera comunión las explicaciones precisas durante varios días.

7.<sup>a</sup> En la semana de Pentecostés se les enviarán a los señores Arciprestes las Relaciones Parroquiales conformes con el modelo que tuvimos a bien prescribir en nuestra circular de 30 de marzo de 1912, para que ellos las remitan a nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno antes de la fiesta del Santísimo Corpus Christi.

Burgo de Osma, 26 de febrero de 1917.

† EL OBISPO.

---

SUMARIO: Carta Pastoral sobre la excelencia de la fe.—Circular acerca del cumplimiento pascual.

---

BURGO DE OSMA.—IMP. Y LIB. DE JIMÉNEZ.